



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

ENRIQUE LABARTA.

ESCRITO

Director,
Enrique Labarta

POR
VARIOS
GALLEGOS
DE
BUEN
HUMOR



Yo inauguré el Extracto con desparpajo
 Poniendo mi figura patas abajo;
 Pero hoy que la fortuna se muestra esquiva,
 Procede que lo ponga... ¡patas arriba!
 Existen ciudadanos superficiosos
 Que en busca de la suerte corriendo ansiosos,
 Juzgan que han de lograrse todos sus fines
 Si al revés se colocan los calcetines.
 Supongo por lo tanto de buen agüero
 A revés colocarme de cuerpo entero.
 Mas ¡ay! no nos fiemos de brujerías
 Y hagamos solo caso de alegorías;
 Pues esta del Extracto, señores, reza
 Que empresa y empresario .. ¡van de cabeza!

SUELTO 15 CÉNTIMOS

ENRIQUE LABARTA.

OCTAVIA SANTINO

Él permanecía en la actitud de un hombre sin consuelo, sentado delante de la mesa donde había escrito las «Cartas á una querida» aquellos versos eróticos, inspirados en la historia de sus amores con Octavia Santino. Conservaba la abatida cabeza entre las manos, y sus dedos flacos y descoloridos, desaparecían entre la alborotada y obscura cabellera, á la cual se asían coléricos y nerviosos. Cuando se levantó para entrar en la alcoba, donde la enferma se quejaba débilmente, pudo verse que tenía los ojos escaldados por las lágrimas. Hacía un año que vivía con aquella mujer: no era ella una niña, pero si todavía hermosa; de regular estatura y formas esbeltas, con esa morbidez fresca y sana, que comunica á la carne femenina el aterciopelado del albérchigo, y le dá grato sabor de madurez. Había sabido hacerse amar de aquel muchacho, con ese talento de la querida que se siente envejecer, y conserva el corazón jóven como á los veinte años: ponía, ella, algo de maternal en este amor de su decadencia; era el último, se lo decían bien claro los hilillos de plata, que asomaban entre sus cabellos castaños que aun conservaban la gracia juvenil.

Un momento se detuvo Alfredo Pondal en la puerta de la alcoba. Era triste de veras aquella habitación silenciosa, solemne, medio á obscuras, envuelta en un vaho tibio con olor de medicinas y de fiebre.

La llama viva de la chimenea, arrojaba claridades trémulas y tornadizas, sobre el contorno juvenil y lleno de gracia, que el cuerpo de la enferma, dibujaba á través de las ropas del lecho. Lo primero que se veía al entrar, era una cabeza linda de muger hermosa reposando sobre la blanca almohada. Pondal, sintió que sus ojos volvían á llenarse de lágrimas, ante aquel rostro que parecía no tener gota de sangre, y en el cual las tintas trágicas de la muerte, empezaban á perfilarse, pero vió que Octavia le miraba, llamándole á su lado con una triste sonrisa, y trató de sonreír tambien, para tranquilizarla. Llegóse al lecho, y tomando dulcemente la mano que la enferma dejaba colgar fuera, la retuvo entre las suyas, besándola en silencio, porque la emoción, apenas le dejaba hablar. Ella le acarició la mejilla como á un niño, murmurando:

—¡Pobre pequeño!... cuanto siento dejarte!..

—Nó, nó; tu no me dejas porque yó me iré contigo!..

En el rostro del jóven se reflejaban las sacudidas nerviosas que experimentaba para no estallar en sollozos. Octavia le miró un momento; y atrayéndole á si prodigole las palabras mas tiernas:

—Mira pequeño; si nó debes sentirme de ese modo. ¿Qué era yó para ti mas que una carga? ¿no lo comprendes? Tú tienes por delante un gran porvenir... Ahora, luego que yó me muera, debes vivir solito; no creas que digo esto porque esté celosa, ya sé que á muertos y á idos... Te hablo asi porque conozco lo que ata una muger. Tu si no te abandonas, tienes que subir muy alto! Créeme á mí; pero Dios que dá las alas, las dá para volar uno solo ¡Sí mi hijito! Después de que hayas triunfado te doy permiso para enamorarte.

Pondal le puso la mano en la boca.

—Nó hables así Octavia, porque me desgarras el corazón. Tu vivirás... tú vivirás... tu vivirás...

Se sentía ahogado. Octavia no pudo reprimir un gemido: sintió un ahogo que la privó de respiración un instante, y ocultando la frente en las almohadas, rompió á llorar amargamente. En vano su amante trataba de consolarla:

—¿Ves? este es el resultado de tus... ¡Ya yo me lo temía! ¿Pero qué tienes? ¡Comprende que así te pones peor!

Ella sentíase conmovida, ante el cariño de aquel hombre. Cediendo á sus ruegos descubrió el rostro, y las lágrimas siguieron cayendo de aquellos ojos de puro azul, pero silenciosas, sin gemidos ni sollozos. Se miraron, inmóviles los dos, con las manos cruzadas como si fuesen á hacerse un juramento. La mirada que cambiaron, era la despedida muda, solemne, angustiosa, que se dan dos almas al separarse; era la evocación de sus recuerdos; todo el pasado de aquel amor, al cual iba á poner término la muerte. Las lágrimas corrieron mas abundantes de los ojos de Octavia, y algo intolerable y mortificante sintió en el corazón.

—¡Qué no haría yo para que no me sintieses!

Había vuelto á esconder la cabeza en las almohadas, sollozando tan bajito que apenas se la oía. Pondal se inclinó y puso los labios en los cabellos de Octavia, besándolos suavemente, recorriendo toda la trenza. Estuvo así larguísimo rato, susurrando palabras cariñosas, que producían en la enferma estremecimientos convulsivos y dolorosos. Se inclinó un poco mas, y levantando con cuidado, como una reliquia, aquella adorada cabeza, la obligó á que le mirase. Ella, clavó en él con extraordinaria tristeza las pupilas, que parecían mas grandes y mas bellas por efecto de la demacración del rostro, y los dos permanecieron mudos, tratando de leerse los mas escondidos pensamientos. El, fué el primero en hablar:

—¿Qué tienes? ¿no me dices?

Los lábios de la enferma se agitaron apenas:

—¡Alfredo!

—¿Qué, mi pobrecita?

—Quiero que me prometas una cosa.

—Cuantas quieras.

—Que en ningún caso me dejarás morir sola.

—¡Qué dices Octavia!

—¿Lo juras?

—Lo juro ¡pero esa es una locura que á nada viene!

—¡Cállate por la Virgen! Me haces un daño horrible!... Calla.

Se cubrió los ojos, como si la llama de la chimenea la molestase, y añadió:

—Después te diré eso... No quiero que mi muerte te haga sufrir.

Creyó Pondal que la enferma deliraba y nada dijo. Ella siguió musitando:

—Sin embargo te he amado mucho Alfredo; mucho, mucho, ¡bien lo sabe Dios!

—Y vo!

... á mí; por eso sufro tanto!

Experimentó una rápida conmoción, y se quedó lívida y distendida como si fuese á morir. Cuando hubo cobrado ánimo dijo:

—Hubiese sido yó tan feliz sin este torcedor! No; no quiero que me llores, no quiero...

—Pero Octavia ¿qué tienes? ¡tú deliras! Te suplico que calles, ¿no me oyes Octavia querida? Te lo suplico.

Se dejó caer en el sillón que había arrimado al lecho, y tomó la mano que Octavia tenía sobre el arrugado dobléz de la sábana.

—Ahora te prohibo hablar, y si no me obedeces, ya lo sabes, me voy.

Octavia oprimía suavemente la mano de su amigo, procurando sonreír, pero la mueca que hizo en la tentativa resultó espantable.

En aquella conversación agónica, que podía ser la última, todo el pasado de sus relaciones volvía á su memoria y conociásele en las alteraciones del rostro, cuanto la hacía sufrir, este linaje de recuerdos. De pronto, abrió los ojos sobresaltada, como si saliese de una pesadilla, y extendió las manos, palpando con avidéz la cabeza de su amante:

—¿Estás ahí Alfredo? ¡no te veo!

—Sí, aquí estoy mi vida!

En la habitación no se oía mas que el chisporroteo de la lumbre.

Un enorme gato de color barcino, que dormía delante de la chimenea, despertóse, enarcó el lomo erizado, sacó las uñas, giró en torno con diabólico maleficio los ojos fosforescentes y fantásticos y huyó con menudo trotecillo. Octavia estremeciése, poseída de uno de esos terrores pueriles que experimentan las imaginaciones enfermas, y se incorporó apoyada en el borde del lecho, mirando anhelante; fué menester que Pondal la obligase á acostarle colocándole suavemente la cabeza en el centro de la almohada; ella parecía no verle, tenía la mirada vaga, y respiraba fatigosa con el semblante contraído. Su amante la miraba sin ser dueño de contener las lágrimas; por un formidable esfuerzo de la voluntad, se serenó, para preguntarle que tenía; no contestó Octavia, y él insistió:

—¿Sufres mucho mi vida?

La enferma abrió los ojos que se fijaron con extravío en los objetos; agitáronse sus labios, pero fueron tan apagadas y confusas las palabras que salieron de ellos, que casi no rozó su aliento el rostro de Pondal, que se inclinaba sobre ella para oír mejor; sin embargo á él le parecía que Octavia decía:

—¡No puedo! ¡no puedo!... me remuerde...

Y la vió temblar en el lecho, el rostro demudado y convulso. Luego quedó estirada, régida, indiferente; la cabeza torcida, entreabierta la boca por la respiración, el pecho agitado. Pondal permanecía en pié, irresoluto, sin atreverse ni á llamarla, ni á moverse, por no turbar aquel reposo que le causaba horror. Entenebrecido y suspirante, volvió á sentarse junto al lecho, la barbata apoyada en la mano, el oído atento al mas leve rumor. Allá abajo, se oía el perpétuo sollozo de la fuentecilla del patio; unas niñas jugaban á la rueda y los vendedorcillos de periódicos, pasaban pregonando las últimas noticias de un crimen lastimoso. La habitación empezaba á quedarse completamente á obscuras y Pondal se levantó para entornar los postigos del balcón que estaban cerrados. ¡Qué día tan triste! pensó mirando al cielo. Era la tarde de esas adustas é invernales.

triste aspecto prestan á la vieja ciudad. Siniestras ráfagas obscuras y lechosas, pasaban lentamente ante los cristales que la ventisca azotaba con fúria. Dos aguadores sentados sobre sus cubas, aguardaban la vez, entonando una canción de su país, Pondal no entendía la letra, que tenía una cadencia lánguida y nostálgica, pero con aquella música, sentía, poco á poco, penetrar en su alma, supersticioso terror. Creyó oír la voz de Octavia y volvió vivamente la cabeza. La enferma se había incorporado en las almohadas, y le llamaba con la angustia pintada en el semblante. El corrió al lado de ella.

—¿Qué tienes?

—¡Creo que voy á morirme! Escucha, no debes llorarme, porque...

Calló temblando, la huella de sus ojeras se difundió por toda la mejilla; agitáronse sus labios como si fuese á llorar, sus facciones acentuáronse cada vez mas cadavéricas y los dientes se entrechocaron; pero luego, levantándose loca gritó:

—¡No! ¡no debes quererme! ¡Te he engañado! ¡He sido mala!

Pondal la miró estúpidamente, mientras en sus lábios, un poco trémulos, se dibujaba esa sonrisa forzada y angustiosa que algunos reos tienen sobre el cadalso, pero aquello no duró mas que un momento, porque enseguida, como si volviese en sí gritó:

—¡Qué dices Octavia! ¡eso no puede ser! ¡es imposible!

—No, nó; ¡pero espera! ¡te quiero! ¡no te vayas!... me lo has prometido!...

Pondal encorvado sobre la moribunda, la sacudía brutalmente por los hombros, repitiendo:

—¡Habla! ¡habla! Dime que no es verdad; dime quién es él! ¡Habla!

Octavia le miró con expresión sobrehumana, dolorida, suplicante, agónica; quiso hablar, y su boca, sumida y reseca por la fiebre, se contrajo horriblemente; giró en las cuencas, que parecían hundirse por momentos, las pupilas dilatadas y vidriosas, y el cuerpo enflaquecido, estremeciéndose al soplo de la muerte que lo recorría, y quedó tranquilo, insensible á todo, indiferente lo mismo al amor que al odio, lleno del reposo de la muerte.

Alfredo Pondal, clavándose las uñas en la carne, y sacudiendo furioso la melena del león, sin apartar los ojos del cuerpo de su querida, repetía enloquecido:

—¿Porqué? ¡Porqué quisiste ahora ser buena!

Nublóse la luna, cuya luz blanquecina entraba por el balcón; agonizó el fuego de la chimenea, el lecho que era de madera, crugió...

R. DEL VALLE INCLÁN.





AL PICO-SACRO

No pretendo cantar el oleaje
del hondo mar que á la borrasca irrita;
ni de las vastas selvas el follaje,
que la tormenta, el huracán agita.

No el valle ameno, ni el pinar salvaje,
ni la gruta, ni el castro, ni la ermita;
aspiro á que mi canto se remonte,
á el alto pico, del sagrado monte.

Celoso altivo, eterno centinela
que dominas del Ulla el rico suelo;
á quien desde la orilla del Sarela,
cuando niño admiré tocando al cielo;
hoy, desde la cristiana Compostela,
dirijo hasta tu cima audaz mi vuelo;
y aunque sé que mi canto vale poco,
en él, récuérdos de mi infancia ovoco.

Tu gigantesca cùspide elevada,
el caminante mira desde léjos,
de preciosos cristales coronada
que al sol arrancan fùlgidos reflejos.

La luna macilenta y argentada,
se mira en tus clarísimos espejos,
y luces, en cambiantes muy distintos.
topacios, esmeraldas y jacintos.

Aunque en tu estéril suelo no vegeta
ni árbol, ni arbusto, ni una flor hermosa,
desde tu altura ves, soberbio atleta,
del Ulla la ribera deliciosa.

Allí, dulces ensueños de poeta,
me acariciaron en la edad dichosa,
en que feliz, ageno á los dolores,
amaba á las mugeres en las flores.

Aquel feudal castillo yá no existe
 que fué de Lupa alcázar opulento.
 Hoy te dejaron solitario y triste;
 pero te dora el sol, te besa el viento.
 Solo una humilde ermita, en pié subsiste,
 sin tradición, sin culto ni ornamento....
 Pero, no importa que te olvide el hombre.
 para sagrado ser, basta tu nombre.

Tú viste mu lo, impávido, sereno,
 nacer la gran ciudad Compostelana,
 y el templo que á Santiago, hijo del trueno,
 alzó opulento la piedad cristiana.

Tú le verás también, coando en el seno
 de la tierra, tal vez, se hunda mañana,
 y solo queden cerros y colinas
 para guardar sus sacrosantas ruinas.

Los siglos ho-as sôn en tu existencia.
 Ves las regeneraciones renovarse,
 y contemplas con muda indiferencia,
 selvas, pueblos nacer y sepulturse.
 Ves del profundo mar, en competencia,
 as olas á las olas reemplazarse,
 y olvidas que hay del mundo en las entrañas,
 fuego que pulveriza las montañas.

Adios, altiva mole de granito
 de mi pasada juventud encanto;
 hoy, que hombre soy, osado me permito
 consagrarte un recuerdo en este canto.

En tu cima, mi nombre dejo escrito,
 sobre una arista de tu pico Santo;
 y aunque humilde, ignorado, aquella arista
 lo guardará, mientras el mundo exista.

BENITO LOSADA.



RIMA

No asomes el rostro
 tras esos encajes,
 que el alma me abrazan los besos candentes
 ¡qué nunca he de darte!

C. OSSORIO Y GALLARDO.



El secreto del amor

¡Oh! No tema V., capitán, que sea indiscreta. Las viudas, y más siendo jóvenes, podemos hablar de ciertas cosas con entera libertad..., dijo



la encantadora Luisa levantando el rostro y contemplando el de aquel militar que la asediaba con sus peticiones amorosas. Podemos hablar libremente, continuó diciendo, y aún dar lecciones á los solterones recalcitrantes como usted... No sé porque creo que el hombre que á los treinta y ocho años se conserva soltero, debe ser muy malo...

—Malo?—interrumpió el capitán.

—Malo, sí, y cuando menos egoísta!

—No lo crea V. Luisa. Estoy soltero porque hasta ahora ninguna mujer me ha satisfecho por completo. Pero no tenga V. duda ninguna. Si V. no me quiere me casaré con otra y la amaré, la amaré mucho, con toda mi alma!

—¡Qué error, capitán! Ese amor que

usted prepara á la mujer que le quiera, es un espejismo que ó se desvanece presto, ó se vá alejando á medida que se quiere alcanzar.

Pronunció Luisa las últimas palabras queda y tristemente. Bajó el rostro, cerráronse sus párpados y el capitán vió asombrado correr una lágrima por aquellas mejillas, que en su embriaguéz de amor hubiera comido á besos.

Después, un poco menos turbada, siguió hablando:

—Sí, sí, un espejismo. Lo sé por experiencia, bien dolorosa. Ya sabe usted que mi marido tenía 37 años cuando nos casamos. Yo era una chiquilla. Me dijeron que debía amarle, y obedecí... hasta cierto punto, hasta donde se puede obedecer en aquellas cosas que no dependen de nuestra voluntad. Mi buena tía me sermoneó tanto sobre el matrimonio, sobre el respeto que se debe tener al marido, sobre los deberes conyugales, que fuí al altar, resignada, dispuesta al sacrificio, con mi cabecita de pájaro, siempre alegre, llena de tristes ideas.

Bien pronto comencé á sentir por mi marido amor intensísimo, verdadero, de ese que nos arrebatara la voluntad, que lo pone todo en el ser amado, amor para el que nada hay mas alto, ni mas dulce, nada mas lleno de esperanzas é ilusiones.

Además, no encontrando en mi nueva vida las asperezas y trabajos que mi tía me anunciara, sinó dulzuras, contentamientos y paz in...
creía feliz y soñaba que siempre lo sería!

Si en aquellos días del primer año me hubieran dicho que mi marido no me amaba, hubiera sido capaz de abofetear á quien ante mis ojos le calumniaba de este modo. Pero pasaron los días y de sospecha en sospecha llegué á adquirir el firmísimo conocimiento de que aquel hombre me engañaba con la más cruenta de las mentiras. Nuestras caricias estaban ya reglamentadas, y así como yo soñaba con ellas, él las soportaba fingiendo una pasión que no sentía.

Cuando llegaba á casa le recibía yo con los brazos abiertos y él me besaba con el mismo beso de los primeros días, dado con la misma boca, en el mismo sitio. Cuando nos sentábamos á la mesa nos agasajábamos como chiquillos que parten el bodrio guisado en el anafe de juguete y en el lecho, cuando el sueño comenzaba á cerrar nuestros ojos, se despedían nuestras almas con un beso largo, callado y dulcísimo que ha sido la mayor alegría de mi vida.

Tenía yo entonces diez y siete años y es muy peligroso en esa edad engañar é una mujer enamorada.

Mi espíritu acongojado sufría indecibles tribulaciones y aunque la ciencia de mentir ocupa toda nuestra inteligencia, una noche al sentir sus labios helados sobre los míos candentes, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi garganta de sollozos. Al principio no comprendí yo todo lo terrible de nuestra desgracia. Creía que mi marido tenía una querida y los celos me causaban una pena muy honda, pero me quedaba la esperanza de que algún día podría rescatar su amor.

Cuando supe la triste verdad mi desesperación fué infinita. Aquel amor que yo creía haber perdido no existía; mi marido no amaba. El pobre había soñado con dulces felicidades encontradas en el matrimonio y bien pronto un hastío invencible había puesto acibar en sus labios no dejándole gustar la dulzura de aquellas caricias en que yo ponía mi alma toda.

Oh! El pobre estaba sujeto á un tremendo martirio. Quería amarme, lo quería con toda su voluntad, pero el corazón estaba seco y el egoísmo de la infame soltería había matado todos los sentimientos, todos los gérmenes de la vida nueva y fecunda.

Una mañana entró en la alcoba donde me estaba vistiendo, con una caja en la mano.

—«Aquí está encerrado mi amor— me dijo. ¡Cuántos esfuerzos he hecho por amarte como á aquella *jolie* que nunca olvido! Aquí están nuestras cartas, el secreto de aquella pasión de estudiante que daría la vida por volver á sentir una hora siquiera», y se fué sin besarme.



Con ansiedad leí aquellas cartas que me causaban pena y vergüenza, todo el amor de que mi marido se sentía capaz?

Con las cartas habia un retrato... ¡Qué retrato!... Era el de una mujer ligera de cascos y de... ropa, teniendo su boca abierta por una fingida carcajada y en sus ojos reflejado el cinismo de su amor pecaminoso. ¡Y mi marido, aquel hombre á quien yo entregué mi alma de niña para que la pusiese en su corazón como en un altar, habia amado locamente á aquella perdida y la echaba de menos y acaso no me amaba, porque no tenía alma, corazón y memoria más que para su recuerdo!... ¡Qué vergüenza y qué ganas me entraban de retratarme también ligera de ropa, incitante la mirada y la boca desencajada por la risa!...

Pasaron algunos dias y como mi marido no me hablaba de su amor, memoria yo de curiosidad é impaciencia. Un dia, al fin, le pregunté:

—Dime. ¿Quién era *jolie*?

—¡Ah *jolie*—contestó con tristura. Era la más alegre modistilla que ha bailado con estudiante. Se llamaba Bernarda y yo para poetizar nuestro amor la confirmé con el nombre de *jolie*!... ¡Y en verdad que era muy linda! Todo en ella me parecía lleno de encantos, estábamos siempre juntos y nunca sentí á su lado el hastío. Sus cartas me encantaban, me hacian llorar y reir á carcajadas, y en las horas de nuestro amor sentía invencible atracción hácia cuanto era de ella. Y mira tu lo que son



las cosas. Juraría que este amor era inspirado por su habilidad más que por su belleza, porque ¡sin adulación! valía mucho menos que tú. Recuerdo que entre los objetos que más amé de ella, habia un corsé que aún conservo y que no me he dejado de besar ni un solo dia mientras estuve soltero... Luego fué *jolie* muy desgraciada. Me abandonó á mí por otro hombre y al fin murió en un hospital, donde estuve á verla. Desde entonces no he vuelto á amar, á pesar de que pongo vivo empeño por tenerte en mi corazón, como tuve á *Jolie*.

¶ Cuando acabó de hablar mi marido

estaba yo llorando. Intentó consolarme y lo consiguió bien pronto porque yo veía bien claro que no era el causante de mi desgracia. Mas bien la fraguaron quienes para una niña de diez y seis años buscaron un marido *de peso*.

El afán de amarme como á *Jolie* llegó á ser en mi marido una monomanía que acabó por trastornarle el seso. Un dia, cercana ya á su muerte, volvió á casa y muy cariñosamente, apretándome contra su pecho, me dijo, casi llorando:

—Creo que comienzo á amarte, porque ya he encontrado la causa de mi



loca pasión por *Jolie*. No era su rostro, ni su libertinaje, ni su corsé ni sus cartas lo que me hacia amarla. Era que entonces... tenía yo veinte años y mi corazón era campo fecundo que espera la semilla para dar abundante cosecha. Este es, esposa mia, el secreto del amor.

Y estas palabras quedaron en mi memoria tan impresas que no estoy dispuesta á amar mas que á aquel que traiga en su corazón el secreto del amor.

El capitán no oyó estas palabras porque estaba limpiándose con el pañuelo un poco de negro desprendido del que habia puesto en sus cabellos para cubrir las canas, que los años hacian nacer en su cabeza.

DIONISIO PEREZ.

LOS GALLEGOS EN ÁFRICA

SONETO

Uno de los valientes que en Melilla
á los rifeños han batido el cobre,
narra un hecho á sus padres, de Silobre,
con forma tosca é ingenuidad sencilla.

«Cando ibamos á paso de guerrilla
funme—relata—cal un rayo sobre
un musulmán, que se parou o pobre
no chao ficando súpito á rodilla.

Púxenlle a-o peito a miña bayoneta,
de rabia roxo é de coraxe cego,
é a-o primer golpe me virou á xeta.

berrando, mentras que pinchazos pego,
—«¡Por *Alí!* ¡por *Alá!*—¡Por donde a meta,
pois non che val xa á tí falar gallego!

WENCESLAO VEIGA.



UNA RETIRADA HONROSA

Cuando en Galicia se funda una Revista literaria todo el mundo se suscribe á ella por cuestión de novedad; y ni uno solo de los escritores de la Región deja de prestarle su valiosa ayuda.

Pero á los pocos meses la cosa varía de aspecto; pues los colaboradores más asíduos se cansan de remitir artículos y poesías; algunos corresponsales toman el pícaro acuerdo de levantarse con el santo y la limosna y muchos suscriptores se dan de baja ó, lo que es todavía peor, *protestan* los recibos cuando se les envían al cobro, después de estar recibiendo el periódico uno ó varios meses, *gratis et amore*, sin protestas de ningún género.

Por último llega un día en que los gastos superan á los ingresos, haciéndose con tal motivo la situación de todo punto insostenible.

Precisamente en ese momento histórico se encuentra hoy el **EXTRACTO DE LITERATURA**; pues hace ya días que á mí ¡que soy su propietario! está sucediéndome lo que á aquel *sastre de Campillo que cosía de balde y ponía el hilo*.

¡Yo, caballeros, aún me resignaría á coser de balde; pero eso de poner además el hilo, me parece un poco fuerte!

¿Qué procede en el presente caso? Una retirada honrosa; porque una retirada á tiempo equivale á una victoria.

Estamos, como quién dice, en familia, pues hoy en la lista de suscripción solo figuran mis amigos particulares; y así voy á hablar á ustedes con entera franqueza.

Desde hoy sustituiré el **EXTRACTO DE LITERATURA** por una serie de libros titulados «*Pasatiempos de Enrique Labarta*» y que contendrán artículos cómicos, poesías festivas, cuentos, semblanzas, caricaturas, novelas cortas, agudezas, anécdotas, cantares y tipos y costumbres de Galicia.

Publicaré cada mes un volúmen de 48 páginas, en buen papel, esmerada impresión, con diez ó doce magníficos dibujos intercalados en el texto y cubiertas con fotograbados tirados á dos tintas.

Cada volúmen costará en venta 75 céntimos; y por suscripción, tres tomos ó sea un trimestre, 2 pesetas; y seis tomos ó sea un semestre, 3'50.

Además, los suscriptores recibirán todos los trimestres, si la cosa marcha bien, un regalo equivalente al valor de un volúmen; de suerte que vendrá á costarles un libro con otro, la ínfima cantidad de 50 céntimos.

En esa serie de volúmenes coleccionaré todos mis trabajos literarios (¿) del género cómico, no solamente los que he escrito ya, sinó también los que de hoy en adelante escriba hasta la edad de sesenta años, si Dios me concede vida y salud en los treinta y pico que todavía me faltan para completarlos. Y digo hasta los sesenta años, porque tengo para mí que al llegar á ellos ya me habrán dado mis libros mas que lo suficiente para poder retirarme... al Hospital ó al Asilo, pues amablemente á mi disposición.

Pero... no adelantemos los sucesos y volvamos á la cuestión palpitante. Para mis libros cuento con un número fijo de suscripciones: las de todos mis amigos (1).

Sin embargo, como entre los actuales suscriptores hay algunos con quienes no me unen vínculos de amistad, y estos los suscriptores, no los vínculos dirán ahora, y con mucha razón, que se suscribieron á una revista literaria y no á las obras de un Juan Peranzules, he aquí una fórmula para complacer á dichos señores y conseguir que la retirada del *EXTRACTO* sea una retirada honrosa.

Todos aquellos individuos de la especie humana que hayan pagado uno ó varios meses adelantados de suscripción á esta Revista y no quieran recibir á cambio de ella los libros que para sustituirla voy á publicar, se servirán manifestarlo así á esta Administración, antes del 10 de Noviembre próximo, y se les devolverá el importe de sus respectivas suscripciones.

En cambio los suscriptores que adeudan meses atrasados, se servirán satisfacer su importe antes de la referida fecha, si quieren continuar suscriptos á «mis pasatiempos.» En caso contrario, envíen lo que adeudan si la conciencia les remuerde por haber contribuido á la ruina del periódico y, lo que es peor, de su empresario; y sinó... con su pan se lo coman.

A los demas suscriptores se les cobrará el trimestre corriente antes de publicarse el primer tomo, que verá la luz el 25 de Noviembre próximo; pues de esa manera podré saber á punto fijo con el personal que cuento á fin de regularizar la tirada.

Termino dándoles las mas expresivas gracias á los colaboradores que hasta última hora me han prestado su valiosa ayuda, á los corresponsales que sin exigir retribución alguna se han portado como perfectos caballeros y á los amigos que me han sido fieles hasta el último momento ¡y sobre todo á los que sigan siéndolo desde ahora en adelante!

¡El *EXTRACTO DE LITERATURA* ha fallecido por consunción! ¡Dios le dé mas fortuna á *mis pasatiempos*!

R. I. P.

ENRIQUE LABARTA.



(1) Se consideran amigos para los efectos de este párrafo, los suscriptores que pagan á *toca teja*.

PASATIEMPOS

DE

ENRIQUE LABARTA

Colección de artículos cómicos, poesías festivas, cuentos, semblanzas, caricaturas, novelas cortas, agudezas, cantares y tipos y costumbres de Galicia.

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Se publicará cada mes un tomo de 48 páginas, en buen papel, esmerada impresión, con diez ò doce magníficos dibujos intercalados en el texto y cubiertas con fotograbados tirados á dos tintas.

El día 25 del próximo Noviembre verá la luz el primer tomo ilustrado con doce dibujos del notable pintor gallego Urbano Gonzalez.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA.—Tres tomos ó sea un trimestre **2 pesetas.**

› Seis id. ó sea un semestre **3.50 id.**

ULTRAMAR.—Seis tomos ó sea un semestre **7 id.**

› Doce id. ó sea un año **12 id.**

PRECIOS EN VENTA

75 céntimos el tomo.

A corresponsales y vendedores: 10 tomos, 6 pesetas.

El precio de venta en Ultramar será el que señalen los corresponsales.

BOLETIN DE SUSCRIPCION



D.....
 domiciliado en..... calle de.....
núm..... se suscribe á los **Pasatiempos de**
Enrique Labarta por..... meses á contar desde.....

Fecha y firma

Rogamos á los señores que deseen suscribirse, remitan cubierto este Boletín á nombre de D. E. Labarta.—Féria, 38, Pontevedra.

Advertencia.—No se servirá ninguna suscripción á la que no acompañe su importe en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de correos.

SUMARIO:

TEXTO.—*Un retrato al revés* por Enrique Labarta.—*Octavia Santino*, por R. del Vallé-Inclán.—*Al Pico-sacro*, por Benito Losada.—*Rima*, por C. Ossorio y Gallardo.—*El secreto del amor*, por Dionisio Pérez.—*Los gallegos en Africa*, (Soneto), por Wenceslao Veiga.—*Una retirada honrosa*, por Enrique Labarta.—*Pasatiempos de Enrique Labarta*.—Anuncios.
GRABADOS.—*Retrato de Enrique Labarta*; fotograbado de Juarizti y Mariezcurrena (de fotografía directa).—Ilustraciones y viñetas.

LÍNEA REGULAR DE VAPORES

TRASATLÁNTICOS

de F. Prats y Compañía

Sociedad en comandita entre la Península, México y Estados Unidos

Viaje directo para Puerto-Rico, Habana y Cienfuegos.

Saldrá el 24 de Septiembre de 1893, el nuevo vapor español JUAN FORGAS, de 5100 toneladas. Admite carga y pasaje para dichos puntos y también carga con trasbordo para Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera, Tuxpan y Tampico.

Su consignatario en Pontevedra y Marín D. JOSÉ RUESTRA.

IMP. DE A. LANDIN

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
» » semestre,
3'50 idem.
» » año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
» » año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

COMPañIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

*Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo,
Buenos-Aires y el Pacífico.*

Saldrá de Villagarcía el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médica quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo D. Manuel Bárcena y Franco. En Villagarcía, Carril y Caldas, D. Laureano Salgado, D. Alfonso Rueda y D. Manuel Carús.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 1.º de Noviembre de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires el vapor

Ortegal

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía. En Vigo D. Francisco Tapias, Arenal 128; en Coruña Sres. Arce y Comp.ª, Real 37, y en Pontevedra y Marin D. José Riestra López.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.